

tras pérdidas, y se levantan del seno de la tierra, como otros tantos trofeos, que la muerte cubre con su sombra amenazadora.

Dirigid la vista hácia el noroeste, y descubriréis allí las costas de la isla de Tenos. Fuera del recinto de la capital hay uno de aquellos bosques venerables, cuya duracion está consagrada por la religion, y sobre el cual multiplica en vano el tiempo los inviernos. Sus caminos sombríos sirven de paso para el soberbio templo que, dando crédito á los oráculos de Apolo, levantaron en otro tiempo los habitantes á Neptuno: este es uno de los mas antiguos asilos de la Grecia. Está rodeado de muchos y espaciosos edificios, donde se dan los convites públicos, y se juntan los pueblos durante las fiestas de este dios. Entre los elogios que resuenan en su honor, se le alaba porque evita ó disipa las enfermedades que afligen á los hombres, y por haber destruido las serpientes que en otro tiempo hacian inhabitable la isla.

Los primeros que la cultivaron, hicieron una tierra nueva, una tierra que satisface los votos del labrador, ó los previene. Ofrece á sus necesidades los frutos mas exquisitos, y toda clase de granos: por todas partes brotan fuentes; y fertilizadas las campiñas con el tributo de sus aguas, se adornan tambien con el contraste de los montes áridos, y despoblados que las rodean. Tenos

está separada de Andros por un canal de doce estadios de anchura *.

En esta última isla hay montes cubiertos de verdor como en Renea; fuentes mas abundantes que en Tenos; valles mas deliciosos que en Tesalia; frutas, que lisonjean la vista y el paladar; en fin, una ciudad afamada por las dificultades que tuvieron los Atenienses en sujetarla, y por el culto de Baco, á quien honra especialmente.

Yo ví el alborozo y alegría que inspiran sus fiestas; le ví en aquella edad en que el alma recibe impresiones, cuya memoria se renueva siempre con el mayor placer. Estaba yo á bordo de un barco que volvia de la Eubea; y fijos los ojos en el oriente, admirábamos los preparativos brillantes del nacimiento del dia, cuando mil gritos penetrantes nos hicieron volver los ojos á la isla de Andros. Los primeros rayos del sol alumbraban una altura coronada por un hermoso templo. Los pueblos acudian de todas partes; se apiñaban al rededor del templo; levantaban las manos al cielo, se postraban en tierra, y se abandonaban al ímpetu de una alegría desenfrenada. Llegamos á la isla, y el tropel nos llevó á lo alto de la colina, en donde se dirigian á nosotros muchas voces confusas: venid, ved, probad. Este rio de vino, que sale del templo de Baco,

* Cerca de media legua: (1,587 pasos de España.)

no era ayer, esta noche, esta mañana, sino una fuente de agua pura. Baco es el autor de este prodigio; todos los años le hace el mismo dia y á la misma hora; y le hará mañana, pasado mañana, y por siete dias continuos. A estas palabras interrumpidas, se siguió luego una armonia dulce é interesante, que decia: « el Aqueloo es famoso por sus juncos; el Peneo funda toda su gloria en el valle que baña; y el Pactolo en las flores que adornan su ribera; pero la fuente que nosotros cantamos, hace á los hombres fuertes y elocuentes, y el mismo Baco la hace correr.»

Mientras los ministros del templo, dueños de los subterranos, de donde salia el arroyo, se burlaban así de la credulidad del pueblo, me hallaba yo tentado de felicitarles del éxito de su artificio. Es cierto que engañaban al pueblo, pero le hacian feliz.

A casi igual distancia de Andros y de Ceos, se halla la pequeña isla de Giaros, digno retiro de malhechores si se purgase de ellos la tierra, region yerma y erizada de rocas. Parece que la naturaleza se lo ha negado todo, como lo ha concedido todo á la isla de Ceos.

Los pastores de Ceos tributan honores divinos, y consagran sus vacadas al pastor Aristeo, que fué el primero que llevó una colonia á esta isla. Dicen que vuelve algunas veces á habitar en sus

bosques apacibles, y que desde el fondo de estos retiros, cuida de sus toros mas blancos que la nieve.

Los sacerdotes de Ceos van todos los años á un monte alto á observar el nacimiento de la canícula, y ofrecer sacrificios á este astro, como tambien á Júpiter, y pedirle la vuelta de aquellos vientos favorables, que por cuarenta dias quebrantan los rayos ardientes del sol, y refrescan los aires.

Los habitantes de Ceos han edificado un templo á Apolo: conservan con veneracion el que Nestor, al volver de Troya, hizo levantar á Minerva, y juntan el culto de Baco al de estas divinidades. Tantos actos de religion parece á todos que les grangea el favor de los dioses. La isla abunda de frutas y pastos; los cuerpos son allí robustos, las almas naturalmente vigorosas, y los pueblos tan numerosos, que se han visto obligados á distribuirse en cuatro ciudades, de las cuales Yulis es la principal. Está situada sobre una altura, y toma su nombre de una fuente copiosa, que corre al pie de la colina. Careso, que dista de ella veinte y cinco estadios*, le sirve de puerto, y la enriquece con su comercio.

Se verian en Yulis ejemplos de una hermosa y

* Cerca de una legua: (mas de tres cuartos de legua de España.)

larga ancianidad, si la costumbre ó la ley no permitiera el suicidio á los que llegando á la edad de sesenta años, no están en disposicion de gozar de la vida, ó mas bien, de servir á la república. Dicen que es una ignominia sobrevivir á sí mismo, usurpar sobre la tierra un lugar que no se puede llenar, y apropiarse dias que solamente se recibieron para la patria. El dia que debe terminarlos, es festivo para ellos: reunen sus amigos, se coronan la cabeza, y tomando una copa envenenada, se sumergen insensiblemente en un sueño eterno.

Animos tan varoniles eran capaces de emprender cualquiera cosa por conservar su independencia. Un dia, que sitiados por los Atenienses, estaban ya pararendirse por falta de viveres, les amenazaron, que si no se retiraban, iban á degollar á los ciudadanos de mas edad que habia en la plaza. Fuese horror, fuese compasion, fuese temor únicamente, ello es que los Atenienses dejaron en paz á un pueblo, que arrostraba igualmente á la naturaleza y á la muerte. Despues lo han sujetado y lo han amansado con la servidumbre y las artes. Está adornada la ciudad con edificios soberbios: sus muros están formados de piedras enormes de marmol, y se ha hecho facil la subida por medio de caminos hechos en los declives de las alturas inmediatas; pero lo que le da mas lustre es haber dado muchos hombres

célebres, entre otros á Simónides, Baquilides y Pródico.

Simónides, hijo de Leoprepes, nació hácia el año tercero de la olimpiada cincuenta y cinco*; y mereció la estimacion de los reyes, de los sabios, y de los hombres grandes de su tiempo. De este número fueron Hiparco, á quien hubiera adorado Atenas, si Atenas pudiera sufrir quien la dominase; Pausanias, rey de Lacedemonia, á quien las victorias ganadas á los Persas habian elevado á la cima del honor y del orgullo; Alevas, rey de Tesalia, que oscureció la gloria de sus predecesores, y aumentó la de su nacion; Hieron, que empezó siendo tirano de Siracusa, y acabó siendo padre de ella; Temístocles en fin, que no era rey, pero habia triunfado del mas poderoso de los reyes.

Segun una costumbre perpetuada hasta nosotros, los soberanos llamaban á su corte á los que sobresalian por sus conocimientos ó por sus talentos extraordinarios. Algunas veces les hacian entrar en disputa, en la que exigian aquellas ocurrencias ingeniosas que brillan mas que iluminan: otras veces les consultaban sobre los misterios de la naturaleza, sobre los principios de la moral, ó sobre la forma de gobierno, á cuyas cuestiones se debian dar respuestas claras,

* El año 558 antes de J. C.

prontas y precisas, porque era necesario instruir al príncipe, agradar á los cortesanos, y confundir á los rivales. Las mas de estas respuestas corrian por toda la Grecia, y han pasado á la posteridad, que ya no está en disposicion de apreciarlas, porque encierran alusiones que se ignoran ó verdades comunes ahora. Entre las que se citan de Simónides, hay algunas que han adquirido celebridad por circunstancias particulares.

Estando un dia comiendo, le pidió el rey de Lacedemonia que confirmase con algun dicho luminoso la alta opinion que se tenia de su filosofia. Simónides, que penetrando los proyectos ambiciosos de este príncipe, habia previsto su término fatal, le dijo: «acordaos de que sois hombre.» Pausanias miró esta respuesta como una máxima frívola ó trivial; pero viendo las desgracias que experimentó despues, descubrió en ella una verdad nueva, y la mas importante de cuantas ignoran los reyes.

La reina de Siracusa le preguntó otra vez si la ciencia era preferible á la riqueza. Esta era una celada para Simónides, á quien solamente apreciaban por la primera de estas ventajas, y quien solamente apreciaba la segunda. Viéndose en la precision de encubrir su modo de pensar ó condenar su conducta, recurrió á la ironía, y dió preferencia á las riquezas, por quanto los filósofos asistian continuamente á las casas de los ricos. Este

problema se ha resuelto despues de un modo mas honroso para la filosofia. Preguntado Aristipo por el rey Dionisio, por qué el sabio despreciado por el rico, le hacia la corte con tanta continuacion, respondió: «porque el uno conoce ce sus necesidades, y el otro no conoce las suyas.»

Simónides era poeta y filósofo. La feliz reunion de estas calidades, hizo sus talentos mas útiles, y su ciencia mas amable. Su estilo, lleno de dulzura, es sencillo, armonioso, admirable por la eleccion y colocacion de las palabras. El objeto de sus cantos, fueron las alabanzas de los dioses, las victorias de los Griegos, y los triunfos de los atletas. Describió en verso los reinados de Cambises y de Darío: se ejercitó en casi todos los géneros de poesia, y fué sobresaliente en los elogios y cantos de dolor. Ninguno ha conocido mejor el arte sublime y delicioso de interesar y enternecer, ni ha pintado con mas verdad las situaciones, é infortunios que excitan la compasion. No es Simónides á quien se oye, sino los gritos y sollozos; sino una familia desolada, que llora la muerte de un padre ó de un hijo; sino Danaé, una madre tierna, que cargada con su hijo, luchó contra el furor de las olas; ve mil abismos abiertos á sus lados, y siente mil muertes en su corazon; sino Aquiles, en fin, que sale del fondo del sepulcro, y anuncia á los Griegos,

próximos á dejar las costas de Ilión, los males sin número, que el cielo y el mar les preparan.

Estas pinturas, que Simónides llenó de pasión y de movimiento, son otros tantos beneficios para los hombres; porque se les hace un gran servicio en arrancarles aquellas lágrimas preciosas que vierten con tanto placer, y en alimentar en su corazón aquellos sentimientos de compasión destinados por la naturaleza á reunirlos, y son en efecto los únicos que pueden unir á los desgraciados.

Como los caracteres de los hombres influyen sobre sus opiniones, se debía esperar que la filosofía de Simónides fuese dulce, y sin altanería. Su sistema, si se ha de juzgar por algunos de sus escritos, y por muchas de sus máximas, se reduce á los artículos siguientes:

« No sondeemos la inmensa profundidad del
« Ser supremo: limitémonos á saber que todo se
« ejecuta por su orden, y que posee la virtud
« por excelencia. Los hombres no tienen mas
« que una debil emanacion de ella, y la reciben
« de él: no se glorien pues de una perfeccion á
« que no podrán llegar; la virtud ha fijado su
« mansion entre rocas escarpadas: si á fuerza de
« trabajo se levantan hasta ella, mil circunstan-
« cias fatales los arrastran luego al precipicio.
« Así, la vida de ellos es una mezcla de bien y
« de mal. Es tan difícil ser á menudo virtuoso,

« como imposible serlo siempre. Tengamos pla-
« cer en alabar las bellas acciones, disimulemos
« las que no lo son, ó por obligacion cuando el
« culpado no es amable por otros títulos, ó por
« indulgencia cuando nos es indiferente. Lejos de
« censurar á los hombres con tanto rigor, acor-
« démonos que no son mas que debilidad, que
« están destinados á permanecer un momento
« en la superficie de la tierra, y para siempre en
« su seno. El tiempo vuela: mil siglos no son
« mas que un punto, comparados con la eterni-
« dad, ó una pequeñísima parte de un punto
« imperceptible. Empleemos unos momentos
« tan fugitivos en gozar de los bienes que nos
« están reservados, de los cuales son los prime-
« ros la salud, la hermosura, y las riquezas bien
« adquiridas, y hagamos que de su uso resulte
« aquel amable deleite, sin el cual la vida, la
« grandeza, la inmortalidad misma, no podrian
« lisonjear nuestros deseos.»

Estos principios nocivos, en cuanto apagan el valor en los corazones virtuosos, y los remordimientos en las almas culpables, se mirarian solo como un error del ingenio, si mostrándose Simónides indulgente con los demas, hubiera sido un poco mas severo consigo mismo. Pero se atrevió á proponer una injusticia á Temistocles, y no se avergonzó de alabar á los asesinos de Hiparco, que le habia colmado de beneficios.

Por otra parte se le nota de cierta avaricia, que no podia saciarse con las liberalidades de Hieron, y que segun el caracter de esta pasion, se hacia cada vez mas insaciable. El fué el primero que degradó la poesia haciendo un tráfico vergonzoso de la alabanza. En vano decia, que su edad era susceptible solamente del placer de amontonar riquezas: que queria mas enriquecer á sus enemigos despues de muerto, que de necesitar de sus amigos durante su vida: que sobre todo, ninguno estaba libre de defectos; y que si hallase alguna vez un hombre irreprehensible, lo denunciaria al universo. Estas extrañas razones no le abonaron á los ojos del público, cuyos decretos invariables nunca perdonan los vicios que se acercan mas á la bajeza, que á la debilidad de corazon.

Murió Simónides de edad de cerca de noventa años*. Se mira en él como un mérito el haber aumentado en la isla de Ceos el esplendor de las fiestas religiosas, haber añadido la octava cuerda á la lira, y hallado el arte de la memoria artificial; pero lo que le asegura una gloria inmortal, es haber dado lecciones útiles á los reyes, y haber hecho feliz á Sicilia, sacando á Hieron de sus extravios, y obligándole á vivir en paz

* El año 468 antes de J. C.

con sus vecinos, con sus súbditos, y consigo mismo.

La familia de Simónides era como aquellas en que es perpetuo el sacerdocio de las Musas. Su nieto, del mismo nombre que él, escribió sobre las genealogias, y sobre los descubrimientos que hacen honor al espíritu humano. Baquilides, su sobrino, le hizo revivir en cierto modo en la poesia lirica. La pureza de estilo, la correccion del diseño, las bellezas regulares y sostenidas, grangearon á Baquilides los aplausos que podria envidiar el mismo Píndaro. Estos dos poetas dividieron entre sí, por algun tiempo, el favor del rey Hieron, y los votos de la corte de Siracusa: mas cuando ya la proteccion no les impidió ponerse en su lugar, Píndaro se elevó á los cielos, y Baquilides se quedó en la tierra.

Mientras este último perpetuaba en Sicilia la gloria de su patria, el sofista Pródico la hacia brillar en diversas ciudades de la Grecia, recitando en ellas arengas preparadas con arte, sembradas de alegorias ingeniosas, de un estilo sencillo, noble y armonioso. Su elocuencia era ignominiosamente venal, y no la sostenia la gracia de la voz; mas como presentaba la virtud bajo un aspecto seductor, fué admirada de los Tebanos, alabada de los Atenienses, y estimada de los Esparciatas. Mas adelante propaló ciertas máximas, que destruian los fundamentos de la

religion; y desde este instante le miraron los Atenienses como corruptor de la juventud, y le condenaron á beber la cicuta.

No lejos de Ceos está la isla de Citnos, afamada por sus pastos; y mas cerca de nosotros esa tierra que veis al poniente, es la fertil isla de Siros, donde nació uno de los mas antiguos filósofos de la Grecia, el cual es Ferécides, que vivia doscientos años hace, y excitó una revolucion grande en las ideas. Agobiado de una enfermedad terrible, que no le dejaba esperanza de vida, vino de Italia su discipulo Pitágoras á recoger su último aliento.

Tended la vista hácia el mediodia, y vereis en el horizonte aquellos densos vapores que oscurecen su brillo naciente; esas son las islas de Paros y de Naxos.

Paros podrá tener trescientos estadios de circuito *. Campiñas fértiles, rebaños numerosos, dos puertos excelentes, colonias enviadas á varias partes, os darán una idea general del poderío de sus habitantes. Algunos hechos os harán formar juicio de su caracter, segun las circunstancias que han debido desenvolverle.

Se hallaba la ciudad de Mileto en la Jonia, atormentada con divisiones fatales; y entre to-

* Once leguas, y ochocientas cincuenta toesas (cerca de 10 leguas de España.)

dos los pueblos distinguidos por su sabiduría, el de Paros le pareció el mas á propósito para restablecer el sosiego. Logró pues que le enviase árbítrros, quienes no pudiendo traer á concordia las facciones de largo tiempo irritadas por el odio, salieron de la ciudad, y fueron recorriendo los campos, los que hallaron incultos y desiertos, exceptuando algunas porciones de heredades que continuaban cultivando un corto número de ciudadanos. Admirados de su profunda tranquilidad, no dudaron en ponerlos á la cabeza del gobierno, y al instante recobró Mileto el orden y la abundancia.

En la expedicion de Darío se unieron los de Paros con este principe, y participaron de su ignominia en la batalla que perdió en Maraton. Obligados á refugiarse á su ciudad, fueron sitiados en ella por Milciades; y habiendo pedido capitulacion despues de una larga defensa, y estando aceptadas las condiciones por ambas partes, se descubrió en la costa de Micone una llama, que se levantaba por el aire, la que procedia de un bosque, en donde se habia prendido fuego por casualidad. Creyóse en el campo y en la plaza, que aquella era la señal de la escuadra de los Persas, que venia á socorrer la isla; y en esta inteligencia faltaron los sitiados descaradamente á su palabra, y Milciades se retiró. Este hombre grande purgó con una dura prision el

mal éxito de esta empresa; pero los de Paros recibieron otro castigo mas severo, pues se eternizó su perjurio con un proverbio.

En tiempo de la expedicion de Xerxes hicieron á los Griegos la alevosia de permanecer en la alianza de los Persas, y á estos la de mantenerse en inaccion. Su escuadra, ociosa en el puerto de Citnos, esperaba el fin del combate para arrimarse al partido del vencedor, sin prever que no contribuir á su victoria era exponerse á su venganza; y que una república pequena, estrechada entre dos grandes potencias que quieren extender sus límites á expensas una de otra, no tiene por lo comun otro recurso que seguir el torrente, y correr á la gloria llorando sobre su libertad. No tardaron los de Paros en experimentarlo; y aunque á fuerza de contribuciones, pudieron alejar al principio á los vencedores de Salamina, al fin cayeron bajo el yugo de ellos casi sin resistencia.

Las Gracias tienen altares en Paros. Un dia que Minos hacia sacrificio á estas divinidades, vinieron á decirle que su hijo Androgeo habia sido muerto en la Atica. Acabó la ceremonia, arrojando lejos de sí una corona de laurel, que le ceñia la frente; y con voz interrumpida de sollozos, mandó callar al tocador de flauta. Los sacerdotes han conservado la memoria de aquel dolor tan legítimo; y cuando se les pregunta por

qué han desterrado de sus sacrificios el uso de las coronas é instrumentos músicos, responden: en una circunstancia igual á esta, y cerca de este altar, fué donde el mas dichoso de los padres supo la muerte de un hijo, á quien amaba tiernamente, y quedó reducido al mas infeliz de los hombres.

Muchas son las ciudades que se glorian de haber dado el ser á Homero; pero ninguna disputa á Paros, el honor ó la ignominia de haber producido á Arquiloco. Este poeta, que vivia cerca de trescientos y cincuenta años hace, era de una familia distinguida. La Pitia predijo su nacimiento, y la gloria que habia de adquirir algun dia. Los Griegos, preparados por este oráculo, admiraron en sus escritos la fuerza de las expresiones, y la nobleza de las ideas; le vieron manifestar hasta en sus extravíos el vigor varonil de su ingenio; extender los límites del arte; introducir nuevas cadencias en sus versos, y nuevas bellezas en la música. Arquiloco hizo en la poesia lirica lo que Homero habia hecho en la épica. Ambos tienen de comun el haber sido modelos cada uno en su género, el recitarse sus obras en las juntas generales de la Grecia, y que se celebre su nacimiento con fiestas particulares. Sin embargo, el agradecimiento público al asociar sus nombres, no ha intentado confundir el lugar de cada uno; y así no concede

al poeta de Paros sino el segundo; bien que el no tener por superior sino á Homero, es seguramente tener el primero.

Por lo que hace á las costumbres y conducta de Arquiloco, se le debería poner en la clase mas vil de los hombres. Nunca se reunieron talentos mas sublimes á un caracter mas atroz y depravado: manchaba sus escritos con expresiones licenciosas y pinturas lascivas; derramaba en ellos con abundancia la hiel con que se complacia su alma en alimentarse. Sus amigos, sus enemigos, los objetos desventurados de sus amores, todo caia á los tiros sangrientos de sus sátiras; y lo mas extraño es, que él mismo nos cuenta estos hechos odiosos; él es el que escribiendo la historia de su vida, tuvo valor para contemplar despacio todos los horrores de ella, y la insolencia de exponerlos á los ojos del universo.

Las gracias juveniles de Neóbula, hija de Licambo, habian hecho en Arquiloco una viva impresion. Las promesas mutuas parecian asegurar su dicha, y la conclusion del himeneo, cuando por motivos de interes fué preferido un rival. Al punto el poeta, mas irritado que afligido, agitó las serpientes que las Furias habian puesto en sus manos, y cubrió con tantos oprobios á Neóbula y á sus padres, que les obligó á terminar con muerte violenta los dias que habia emponzoñado cruelmente.

Arrancado por la indigencia del seno de su patria, se fué á Tasos con una colonia de parios, donde su furor halló nuevo pábulo, y el odio público se desencadenó contra él. Pronto se le presentó la ocasion de desvanecerlo: estaban los de Tasos en guerra con las naciones vecinas; y Arquiloco fué en el ejército, vió al enemigo, huyó, y arrojó su escudo. Esta última accion es el colmo de la infamia para un griego; pero la infamiano amancilla sino á las almas que no merecen sufrirla. Arquiloco hizo pública confesion de su cobardía. « Yo abandoné mi escudo, dice « en una de sus obras, pero yo hallaré otro, y salvé la vida. »

De este modo despreciaba las censuras del público, porque su corazon no le censuraba; y así es, que despues de haber insultado á las leyes y al honor, se atrevió á ir á Lacedemonia. ¿Qué podia esperar de un pueblo que nunca separaba su admiracion de su estimacion? Los Esparciatas bramaron de ira al verle dentro de sus muros; le desterraron al instante, y prohibieron sus escritos en todo el territorio de la república.

La junta de los juegos olimpicos le consoló de esta afrenta; pues habiendo recitado en ella en honor de Hércules, aquel himno famoso que se canta todavía siempre que se celebra la gloria de los vencedores, le prodigaron los pueblos sus aplausos, y los jueces al decretarle una corona,

debieron hacerle conocer que jamas tiene la poesia mas derechos sobre nuestro corazon, que cuando nos enseña nuestras obligaciones.

Arquiloco fué muerto por Calondas de Naxos, á quien perseguia mucho tiempo antes. La Pitia miró su muerte como un insulto hecho á la poesia: « sal del templo, dijo al matador, pues has « dado muerte al favorito de las Musas. » Calondas hizo presente que se habia contenido en los limites de la defensa legitima; y la Pitia, aunque movida por sus súplicas, le obligó á apaciguar con libaciones, los manes irritados de Arquiloco. Tal fué el fin de un hombre, que por sus talentos, por sus vicios y descaro, habia llegado á ser el objeto de la admiracion, del desprecio y del terror.

- Menos célebres, pero mas estimables que este poeta, Polignoto, Arcesilas, y Nicanor de Paros, aceleraron los progresos de la pintura encáustica. Otro artista, natural de la misma isla, adquirió reputacion por un mérito prestado; este es Agorácrites, á quien Fidias tomó por discípulo, y al que quiso elevar en vano á la clase de sus rivales, cediéndole parte de su gloria, poniendo en sus propias obras el nombre de su discípulo, sin echar de ver que la elegancia del cincel descubria la impostura, y hacia traicion á la amistad.

Pero á falta de modelos: suministra Paros inagotables tesoros á los artistas; pues toda la tierra

está cubierta de monumentos empezados en las canteras del monte Marpeso. En estos subterranos, á que alumbran débiles luces, arranca con pena un pueblo de esclavos aquellos trozos enormes que brillan en los mas soberbios edificios de la Grecia, y hasta en la fachada del laberinto de Egipto. Muchos templos están revestidos de este marmol, porque segun dicen, su color agrada á los inmortales. Hubo un tiempo en que los escultores no gastaban otro; y aun en el dia lo buscan con esmero, aunque no siempre corresponde á sus esperanzas; porque las grandes partes cristalinas que forman su fondo, deslumbran la vista, y saltan bajo el cincel. Pero este defecto queda recompensado con otras calidades excelentes, principalmente con la suma blancura á que hacen frecuentes alusiones los poetas, y algunas veces relativas al caracter de su poesia. « Yo levantaré un monumento mas « brillante que el marmol de Paros, dice Pindaro « hablando de una de sus odas. ; O, el mas diestro de los pintores! exclama Anacreonte, para representar la que yo adoro, toma los colores de la rosa, de la leche y del marmol de Paros. »

Un estrechísimo canal separa á Naxos de la isla antecedente. Ninguna de las Ciclades puede igualar á ella en grandeza, y puede apostárselas á Sicilia en fertilidad. Sin embargo su hermo-